



Historias de un ebrio magnífico

Cuando se celebra la semana aniversario de Curepto, rendimos tributo a Pedro Antonio González, el más antiguo de los poetas maulinos, un mito olvidado por su propio pueblo, un contradictorio habitante de los márgenes

Fueron no es un artículo serio sobre literatura. No es un análisis estructuralista ni una lectura ideológica. Lo que queremos es hacerle un espacio en el cielo a un hombre con cara de héroe, vida de perro, pluma de marín, fama de maldito, poeta maldito, poeta estreverado con la existencia de un modo siempre peligroso, denunciado por el prójimo y luego estimado y estampado en una póster, igual que Morrison, el Che y los demás íconos de la fantasía revolucionaria.

Este hombre de llamaba Pedro Antonio González. Era birco, lo que hacía aún más indecisa su fama de borracho o, dicho como en los pasillos, de alcohólico terminal. Hugo Morán lo llamó "ebrio magnífico"; su amigo Marcial Cabrera lo describió como un "bardo rebuloso metafísico"; muchos lo rebatían; otros, especialmente estudiantes entusiasmados con su retórica materialista y laica, lo seguían como a un predicador inspirado.

Coiopue, departamento de Curepto, lo vio nacer el 22 de mayo de 1863. Al quedar huérfano se trasladó a Santiago, para continuar su educación junto a su prominente tío Pedro Armengol Valcazuela, obispo mercedario. El joven poeta jamás alcanzó un título profesional, a pesar de haber

tomado clases de Derecho en la universidad. Le impartaban más las lecciones privadas, las obras de Karl Marx, Latalle, después Espronceda, Byron, Víctor Hugo y José Martí.

La enfermedad cultural de González le granizó clases en tres liceos capitalinos; en uno de ellos entabló amistad con Margarita Soto, en-

amorada de la poesía y madre de una chispa que hacía brillar en el amoroso sentido de la palabra a Pedro Antonio.

Se casó con ella, Emma Contador, no sin antes dudar entre Alicia y Melisa, primas de Lima. Marcial Cabrera veía una suerte de cura de surdo en este matrimonio, que sin embargo estaba condenado a la catástrofe: la esposa era impúber, inexperta, ingenua; el esposo tenía la cabeza atravesada por "las recordadas voces de otra esfera".

La pareja dispareja se fue a vivir a un cuartucho contiguo al manicomio. Durante la noche de bodas, González se fue de farra. Cuando regresó, a las tres de la madrugada del día siguiente, Emma estaba deshecha: había estado sola escuchando los quejidos de los orates.

Pese a la leyenda de outsider, el vate curepto no fue un incomprendido, ni está hoy completamente ausente de la historia literaria nacional. En la capital gozó de la simpatía de los camarillos artísticos; críticos como Armando Donoso y Domingo Meli ponderaron sus versos; Matías Rada lo situó en las primeras hojas de una antología de poesía maulina; se lo cita todavía como precursor del modernismo, cercano a Rubén Darío, comparable a Poe por la oscuridad de sus imágenes. El exagerado empleo de adjetivos, la rima buscada, el apego a las palabras de enciclopedia manillararon ciertos pasajes de su obra. La soledad y el desconcierto le acompañaron siempre. En "Mi Vela", uno de sus poemas más célebres, escribió: "Yo

cruzo la noche con pasos aciajos / sin ver brillar nunca la estrella temprana / que vieren delante de su caravana / brillar a lo lejos los tres reyes magos."

Despreciaba el trabajo sistemático, la vida ordenada. Abominaba de los ganapanes y la desesperada búsqueda de dinero. Por ello careció de estabilidad económica. Fue pobre. Emma lo abandonó dejándole el anhelo de compromiso encima de la mesa. La niña-mujer, estafada, con el staff de un circo pobre, se casó con el Tony Matarana, años después se convirtió en una señora acomodada.

Pedro Antonio González nunca consiguió un puesto público que le garantizara el sustento, en cambio cultivó el periodismo en "La Tribuna", "La Ley", "La Revista Cómica" y "Santiago Cómico", paralelamente a su vocación lírica. Ayudado por Marcial Cabrera —un abogado mecenazgo que murió en el Manicomio Nacional víctima de una parálisis general progresiva—, dio a conocer los

escritos que perdía o manchaba con vino en los borros.

En 1903 enfermó del corazón. Lo trajeron en el Hospital San Vicente de Paul pero descuidó la convalecencia. Hospitalizado nuevamente, hinchado y cubierta la cabeza con un paño de biendes, entregó originales inéditos a Max Jara, mientras escuchaba sus últimas líneas de poesía: "Pienso las cosas más disparatadas. Y aunque me han puesto en biotro para que no mire a los otros enfermos, miro todas las caras y me imagino los rostros flacos, amarillentos, con los ojos bandidos... Hay noches que oigo un gran suspiro y al día siguiente se encuentra uno tiesto en su cama, que después veo que lo sacan por esta puerta. La otra noche me despertó una gran voz que decía: 'Madre mía, madre mía!'. En las primeras horas de la mañana, cuando entró la hermana, me dijo: 'El número tantos amaneció muerto...'".

Mario Verdugo Arellano

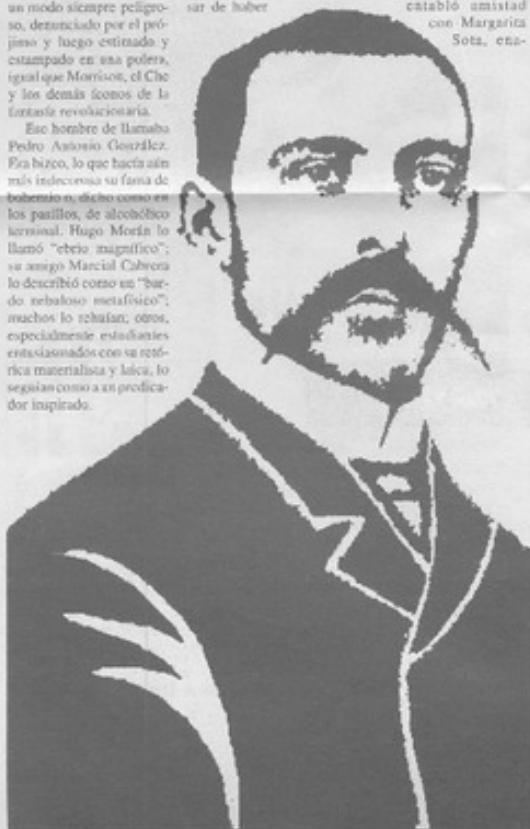


Ilustración de Fabio González

Apoyo la cabeza en mi antebrazo...

Apoyo la cabeza en mi antebrazo
Y de homérico júbilo me fundo.
Veo, al fin, en las heces de mi vaso
Como un naufrago quien fíjate el mundo.

¡El mundo es ya un cadáver! El se esconde
dejando el rostro fúnebre del silencio.
No es ya más que el sarcófago de una sombra,
no es ya más que la sombra de un fantasma.

¡El mundo es ya un cadáver! Pues, entonces,
que yo no tape en él, ni él en mi ojo,
y al siempre a través me nudo sus broncos.
¡Ay! es que yo lo escucho y yo lo escucho!

Fragmento extraído de "Poemas de la Región del Maule",
Matías Rada, UC, 1973

Historias de un ebrio magnífico [artículo] Mario Verdugo Arellano

Libros y documentos

AUTORÍA

Verdugo Arellano, Mario, 1975-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Historias de un ebrio magnífico [artículo] Mario Verdugo Arellano

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile